

Los jóvenes y la odisea del empleo Capital social y violencia simbólica en el mercado de trabajo.

Brunet Adami, Nicolás -. Pardo Rodríguez, Ignacio.

Cita:

Brunet Adami, Nicolás -. Pardo Rodríguez, Ignacio (2004). *Los jóvenes y la odisea del empleo Capital social y violencia simbólica en el mercado de trabajo*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/147>

LOS JÓVENES Y LA ODISEA DEL EMPLEO

CAPITAL SOCIAL Y VIOLENCIA SIMBÓLICA EN EL MERCADO DE TRABAJO

Brunet Adami, Nicolás –. Pardo Rodríguez, Ignacio

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República

Montevideo, Uruguay

nicoba@montevideo.com.uy - ipardo@montevideo.com.uy

RESUMEN

¿Cuáles son los verdaderos criterios del mercado de trabajo a la hora de emplear un joven?

Se trata de identificar los principales signos de violencia simbólica, ocultos en el discurso de los empleadores. Asimismo, observar de qué manera los jóvenes interiorizan esas restricciones objetivas, y juegan -en una posición de debilidad relativa- “el juego de los empleadores” en su odisea laboral.

Nuestro punto de partida reside en la sospecha de que los mecanismos meritocráticos no alcanzan a explicar por sí mismos la estructura de la asignación de empleos juveniles. ¿Podemos hablar de tecnologías de la exclusión? En este camino, cobra especial importancia los diferentes usos que los jóvenes hacen de su capital social, configurando perfiles ganadores y perdedores, de incluidos y excluidos.

Interesa examinar las capas superpuestas del discurso en busca de sentidos emergentes, que desnuden los circuitos de violencia simbólica.

En un contexto de fuerte desempleo juvenil y creciente desprotección de los trabajadores, se hace más urgente identificar el verdadero alcance de las políticas de empleo juvenil.

IMPORTANCIA DEL PROBLEMA

Una nueva generación se incorpora hoy al mercado de trabajo.

“Esos jóvenes que ahora integran la fuerza laboral pertenecen a una nueva generación muy capacitada, quizá la generación de hombres y mujeres mejor educada y formada de todos los tiempos. Sin embargo (los cambios de nuestra época) han creado incertidumbre e inseguridad... y amplían la brecha entre los jóvenes principiantes en el mercado laboral y los trabajadores con experiencia, entre aquellas mujeres y hombres que tienen empleos productivos y bien remunerados, y aquellos que tienen empleos mal pagos y de mala calidad” (Aro, 2002: 105).

Ocurre que “dentro de cada generación hay grandes disparidades en el nivel educativo alcanzado, según el ingreso, la clase social y la ubicación geográfica” (Carlson, 2002: 124). Y esta generación no sólo no es la excepción, sino que sufre esas disparidades de forma seria.

Los anteriores pasajes ilustran la paradójica situación laboral, a través de algunos elementos de los tantos que configuran la coyuntura vigente. Ante cada puesto de trabajo disponible, muchos jóvenes sobrecalificados acuden a la cita que decepcionará a la abrumadora mayoría.

En ese contexto, hay mecanismos más crudos para seleccionar a los pocos que ganan. Es de nuestro interés aquí conocer cuáles de esos mecanismos, sutiles y no meritocráticos, servirán para excluir a la larga lista de aquellos que quedarán

fuera. Cuando hay una sobreoferta de trabajo como la actual, la discrecionalidad será mayor, los empleadores podrán actuar con mayúscula arbitrariedad: los pocos puestos de trabajo serán ocupados por aquellos que cumplan con todos los atributos que se requieran.

Si "...se amplió la diferencia de salario entre los trabajadores calificados y los no calificados" y "al mismo tiempo aumentó la diferencia de salario entre las microempresas y las más grandes y, en el contexto de una flexibilización de las relaciones laborales, los indicadores de calidad de empleo tendieron a empeorar" (Weller, 2000: 31), es también porque hay otras diferencias que estratifican, aparte de calificación y tamaño de la empresa. Evidentemente, no se trata en exclusividad del problema metodológico conforme al cual "no se conoce sino imperfectamente el impacto de la educación y la capacitación sobre el mercado de trabajo" (Carlson, 2002: 133). Todo habitante contemporáneo de América Latina sabe positivamente que la gravedad del asunto estriba en que estos factores no determinan solo la diferente calidad de los puestos de trabajo, sino que pueden volcar la balanza hacia la inclusión o exclusión social.

A la hora de implementar políticas, es necesario conocer lo que se pide a los jóvenes que necesitan un puesto de trabajo. ¿Alcanzan los programas de capacitación, o será necesario implementar políticas que trasciendan el ámbito de lo formativo – laboral, para incidir allí donde los empleadores "ponen el ojo"?

No son pocas las investigaciones que, en el nuevo contexto socioeconómico, tan plagado de problemas de empleo, se han generado acerca de las dificultades de los jóvenes para ingresar y mantenerse en el mercado laboral. Pobreza, exclusión social, marginalidad, capacitación, coordinación sistema educativo – mercado

laboral, deserción del sistema educativo, vulnerabilidad, precariedad: la literatura científica de la última década ha sido pródiga en búsquedas de conceptos que explicasen mejor la nueva realidad.

Lo cierto es que de la mano de los organismos que suelen financiar estas investigaciones se ha prolijado un modelo de análisis y generación de políticas públicas que privilegia la focalización en los sectores más desfavorecidos y la capacitación laboral en detrimento de enfoques más generales que se describen como estériles.

Pero... ¿cuál es la nueva realidad laboral que obliga a correr detrás de los destrozos, buscando mitigar las consecuencias de la fragmentación social? La correlación de fuerzas histórica en el seno de las relaciones de producción, donde hoy el trabajo se encuentra indefenso y por tal motivo sometido a condiciones de superexplotación, se suma a cambios tecnológicos que hacen más prescindible la mano de obra humana. Los mecanismos estatales que antaño sirvieron de amortiguación se encuentran en retirada. Asimismo, transformaciones culturales más de largo plazo, como el creciente dominio de la humanidad sobre las fuerzas naturales o el aumento de la velocidad con que el conocimiento caduca, confluyen para cristalizar un panorama desolador: deterioro dramático de las condiciones laborales, desempleo, subempleo, flexibilización laboral, pluriempleo, persecución antisindical, precariedad, etc.

Si tomamos en cuenta la fuente de identidad que el trabajo fue para nuestros abuelos (“Yo soy Juan Pérez, carpintero”), veremos que aquí se encuentra una clave de la exclusión social. Por excluidos debemos entender aquellos que no están insertos en los ámbitos que la sociedad considera valiosos y portadores de

los bienes comunes. Si bien el mercado de trabajo y la educación formal son ámbitos privilegiados para determinar la exclusión, la estructura social extiende sus garras mucho más allá.

Las políticas económicas en la América Latina de los '90 y sus "costos sociales" (eufemismo del que se hace eco Alicia Naranjo) han dejado particularmente desprotegidos a los jóvenes.

Uruguay no ha sido la excepción y también presenta un desempleo juvenil mayor al desempleo general: más de un 50% de la tasa global de desempleo se debe al desempleo juvenil (Naranjo, 2002: 22) Parece evidente que a pesar de que haya causas globales como los cambios en la demanda de trabajo derivados de las mutaciones en los modelos de producción, debemos buscar otras causas de la exclusión del mercado laboral de vastos sectores de jóvenes. Otras causas que no están necesariamente vinculadas a la mayor o menor capacitación para el cumplimiento de la tarea que el puesto de trabajo le exigirá.

Como se ve, a través del estudio de estos temas nos ubicamos desde una perspectiva privilegiada a la hora de observar lo que el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) considera el riesgo más importante que atraviesan las sociedades latinoamericanas contemporáneas: la fragmentación social. Este fenómeno conlleva como aspecto clave, "... el distanciamiento físico, material y simbólico entre los diferentes estratos de la población en aspectos centrales de la producción y reproducción cotidiana de las vidas de los miembros de una nación." (PNUD, 1999: 91)

En suma, estamos ante un tema de importancia social y sociológica: es una no siempre frecuente y por demás importante coincidencia. No hay aquí un problema

de mera importancia sociológica, como podría serlo la construcción social del significado, por citar un ejemplo. Pero tampoco, atención, estamos ante un problema social que deba ser enfrentado sin el aporte de la sociología. No nos referimos aquí a una sociología instrumental, al servicio de la estadística, *recolectora de datos*, sino a una sociología que pueda (intentar) captar las causas profundas, al interior de las subjetividades y en la médula de las estructuras materiales y simbólicas de la sociedad, a partir de las cuales los procesos complejos puedan comprenderse.

Es en los intersticios donde debemos movernos: si acaso alguna vez lleguemos a develar los mecanismos que generan realidades como las que en este momento nos ocupa, será gracias a un enfoque amplio, abarcador, multicausal. No subsumido dentro de la pura lógica de los diseñadores de políticas públicas pero tampoco ayuno de ese enfoque; no estancado en la perspectiva de los actores pero de ninguna forma prescindiendo de los significados que las estructuras generan en los miembros de la sociedad.

MARCO TEÓRICO

El arsenal teórico del que nos valdremos tiene dos conceptos privilegiados: capital social (y sus distintos usos), violencia simbólica. Se trata de conceptos que distan mucho de ser unívocos. Si bien el último lleva la grifa de Bourdieu y por tanto nos apoyaremos en este autor en más de una oportunidad, está claro que tratamos con herramientas cuyo alcance supera una definición previa.

Aunque provenientes de lugares específicos de la teoría, las ideas que se manejarán han sido casi incorporadas al *sentido común sociológico*, por lo que no especificaremos a cada paso su significado. Si algo de novedoso pudiere tener

nuestro abordaje, no es una nueva y estricta clasificación de conceptos teóricos, sino la aplicación de una mirada infrecuente en los estudios acerca de los jóvenes, su capital social y el empleo.

En este camino, la incorporación del enfoque de *violencia simbólica* en el análisis de cómo el capital social interviene –optimizando o truncando- el acceso al empleo, representa una deuda de la sociología.

Para lograr una buena explicación de cómo los jóvenes incorporan al sentido común reglas de búsqueda de trabajo a menudo absurdas –como buena presencia- a un “modo razonable”, “necesitamos observar lo que significa el poder simbólico de la determinación estructural, en el seno de la esfera que media entre lo humano y lo cultural.” (Willis, 1983: 201).

En una palabra, debemos comprender cómo se traducen –o se hojaldran- las estructuras, en fuentes de significados que se estampan en los discursos de los actores.

Sobre el concepto de capital social

Durante la última década, el concepto de capital social ha sido utilizado, definido y redefinido en una gran cantidad de investigaciones sobre los problemas del desarrollo en América Latina. Sin embargo, los diferentes abordajes del capital social, evidencian fuertes convergencias en el análisis de sus dimensiones principales. Alicia Naranjo define capital

social como “...*las redes de reciprocidad, confianza, contactos y acceso a información. Este tipo de capital es entendido como uno de los activos de los individuos y de los hogares que mide la capacidad de desempeño de éstos en la estructura social, a través de su movilización para el aprovechamiento de las*

oportunidades que eleven su bienestar. El Capital Social actúa como soporte informal que da lugar al intercambio de riesgos entre hogares, lo que permite al individuo esperar que los retornos de las decisiones asumidas sean mayores” (Naranjo, 2002: 32)

En sus estudios del desarrollo humano en Chile, Norbert Lechner, analiza la utilidad del concepto de capital social, para evaluar la performance de la modernización en América Latina. El autor, insiste en la importancia de considerar el capital social como flujo y no como stock. Una definición bancaria de capital social -como monedas en una bóveda individual- nos haría perder de vista que, como lo planteaba Marx, el capital expresa una relación social. A la hora de lograr un empleo, los jóvenes se insertan a través de una “trama de confianza y cooperación” (Lechner, 1999: 13) desarrollada a niveles familiares, de vecindad y membresía a grupos sociales. Como un hilo de Ariadna, las redes que se tejen en un capital social determinado, proporcionarían eventualmente al joven una guía buena en la oscuridad actual del mercado laboral. Ajenos de estas redes, los jóvenes naufragarían en su intento por encontrar empleo; más aun en la difícil coyuntura actual.

En sociedades complejas como las nuestras, estas redes establecen verdaderos nexos entre las personas y los grandes sistemas funcionales como el mercado de empleo (Lechner, 1999:18).

La importancia del conocimiento, y su lógica de obsolescencia, hace del capital social el principal soporte de instancias de coordinación y cooperación, potenciada por la retirada del Estado. Asimismo, está impregnado de valores, disposiciones y creencias -de una subjetividad casi pre-conciente, que puede facilitar o

distorsionar las posibilidades del joven buscador de empleo. En este sentido, nuestro esfuerzo se dirige a identificar esos *habitus*, diría Bourdieu, donde se estructuran los usos del capital social en los jóvenes.

Por otra parte, el capital social también es un recurso. Desnuda una disponibilidad de atributos sociales adquiridos y heredados: ubicación geográfica, género, edad, estrato socioeconómico, nivel educativo, etc. Según Lechner, la asimetría en la disponibilidad de estos recursos, produce círculos viciosos de acumulación de capital social, que evidencian lo que Bourdieu denomina violencia simbólica (Lechner, 1999: 21). Un enfoque desde la violencia simbólica, nos permitirá analizar la forma en que la concentración de redes de ingreso y educación, como recursos de capital social meritocráticos, -y por ello más “legítimos” en el juego del ascenso social- es potenciada por la distribución desigual de un capital social previo. Como ejemplo, el autor señala la brecha creciente entre escuelas públicas y privadas.

Tradicionalmente, los enfoques del Desarrollo Humano subrayaron la función igualadora de la Escuela Pública uruguaya, donde niños provenientes de diferentes posiciones sociales, se socializan minimizando las distancias entre capitales sociales asimétricos. Lamentablemente, el deterioro de la escuela pública como mecanismo de horizontalización del capital social general, hace más evidentes los síntomas de la violencia simbólica sobre los individuos jóvenes:

“La reproducción de las relaciones de clase, en realidad, es también el resultado de una acción pedagógica que no parte de una tabula rasa, sino que ejerce sobre sujetos que recibieron de su familia o de las acciones pedagógicas precedentes (es decir, de la llamada educación primera) por un lado cierto capital cultural y por

el otro un conjunto de posturas con respecto a la cultura... ..la escuela, al reproducir la estratificación social y al legitimarla asegurando su interiorización al sancionar estas diferencias como si fueran puramente escolares, contribuye persuadiendo a los individuos de que ésta no es social, sino natural” (Bourdieu, 1995b: 17)

Frente a la fragilidad que atraviesa el mito de la meritocracia uruguaya, deberíamos interrogarnos acerca de los límites de la distribución de capital social. ¿Hay transferencia de capital social ganador? ¿Cuáles son los límites estructurales que enfrentan las políticas de empleo juvenil? ¿Podemos hablar de redes sociales como círculos virtuosos o viciosos? La violencia simbólica, ¿concorre a la lógica de Capital Social? En definitiva, esta noción funcionando como “muñeca rusa”, permite corregir la visión “simplona”, diría Lechner, del mercado de trabajo como competencia entre individuos aislados.

El concepto de violencia simbólica en Bourdieu

“La violencia simbólica es, para expresarme de la manera más sencilla posible, aquella forma de violencia que se ejerce sobre un agente social con la anuencia de éste” (Bourdieu, 1987: 80-81)

A menudo la sociología, impulsada por algunas versiones del análisis hermenéutico, se detiene en la lógica intestina del lenguaje; en los detalles íntimos de la conversación, que permiten que los procesos comunicacionales sean inteligibles desde dentro.

Ensayamos aquí la empresa opuesta: analizaremos el discurso como soporte de relaciones de poder, desde una perspectiva performativa, como praxis, y nunca como proceso interaccional puro. Tal como sostiene Bourdieu, “las relaciones

lingüísticas siempre son relaciones de fuerza entre los locutores y sus grupos respectivos, que se actualizan bajo una forma transfigurada...No son dos personas las que conversan sino, a través de ellas, toda la historia... de la opresión económica, política y cultural..." (Bourdieu, 1995a: 102-103).

Interesa investigar la estructura objetiva, sobre la cual se desarrolla la acción comunicativa entre agentes que ocupan posiciones asimétricas en un espacio social. Nuestro punto de partida supone que los jóvenes participan de un mercado de lenguaje que dista mucho de ser libre, donde la competencia lingüística y el capital ganador para acceder a posiciones de privilegio en el mercado laboral, se encuentran más bien monopolizados. "Las desigualdades en la competencia lingüística se revelan constantemente... en la charla entre dos personas, en una reunión pública, un seminario, una entrevista de trabajo..." (Bourdieu, 1995a: 105). Estas asimetrías señalan lo que llamamos violencia simbólica, es decir, esa magia del lenguaje que desnuda el poder detrás de las palabras (Bourdieu, 1995a: 106). Lo que Bourdieu llama "poder simbólico" es esa capacidad práctica, obtenida a partir del dominio legítimo de capitales, de saberes, que permite reconstruir el espacio social "a su favor" de manera que la dominación pase por algo natural. Incluso este mismo autor sostiene que la violencia es simbólica desde el momento en que se ejerce con la colaboración del dominado. En este caso sostenemos, de manera bourdiana, que el joven como agente dominado, incorpora de manera estructurada aquellos aspectos del discurso que le determinan y frecuentemente lo marginan del mercado de trabajo. Los requerimientos de "buena presencia" o "ganas de trabajar" que acostumbramos leer los domingos en los periódicos -sin sorprendernos demasiado- funcionan en

tanto se desconocen como violencia; y evidencian mecanismos ocultos de selección, incrustados en el discurso de los empleadores. El joven que busca adecuar su aspecto físico, retocar su currículum o matizar tal o cual cosa que no percibe como capital social ganador, diría Bourdieu, no hace más que participar inconscientemente de ese juego de dominación internalización, mediante el cual “busca” un acuerdo entre las estructuras objetivas y sus estructuras cognoscitivas.

¿Aprender a trabajar es violencia simbólica?

Un enfoque del mercado juvenil de trabajo como el que arriesgamos aquí, reclama el análisis urgente de las “condiciones culturales” en las cuales se precipitan las estructuras de violencia simbólica, que toman parte en la elaboración de razonamientos como el que señala Willis: “admito que soy tan estúpido que es legítimo que me pase lo que me queda de vida apretando los tornillos de las ruedas en una fábrica de automóviles” (Willis, 1983: 12). No parece satisfacer nuestro instinto sociológico la explicación de que los jóvenes con activos y capital social deficientes asuman semejantes asimetrías sin ponerlas en cuestión.¹ Tampoco, al decir del autor, es demasiado explicativo pensar que los jóvenes obreros “no tienen más remedio”.

Desde América Latina, podríamos contestarle de rabillo: ¡pero... realmente esto sucede en nuestros países! Entiéndasenos bien, lo apasionante de la investigación etnográfica de este autor es la potente luz que arroja en torno al *papel de la cultura* en el juego de pautas de “elección” y “decisión”, que intervienen en la construcción de un modelo cultural de trabajo.

A menudo por necesidad, o por omisión hecha virtud, los intelectuales latinoamericanos nos hemos acostumbrado a utilizar –a veces ingenuamente–

modelos donde la “explicación” –si se nos concede semejante caricatura- es económico-social *par excellence*. Uno de los efectos indeseables de estos enfoques unívocos, es ocultar en nuestro propio discurso el juego de la dominación que se encarna en la cultura como *praxis humana colectiva*, que incluye tanto estructuras internas transferidas, como la acción de una ideología dominante. Los jóvenes construyen de manera histórica, y no natural, las condiciones sociales en las que se impone una forma concreta de trabajar y no parece posible que se complete este proceso por fuera de la cultura: “La manera en que el trabajo manual se aplica a la producción varía en los distintos tipos de sociedades desde la coerción de las ametralladoras, balas y tanques hasta la convicción ideológica de masas del ejercito industrial de voluntarios” (Willis, 1983: 11). Para el autor, la sociedad liberal contemporánea está en el centro de estas dos versiones extremas del trabajo. El analista clásico liberal, dirá –no sin restricciones- que se desvanecen paulatinamente las formas de coerción física legitimadas, y asimismo, la institución del libremercado otorga un margen a la voluntad, el dominio del gusto y las habilidades personales para el trabajo. Pero, ¿mediante qué mecanismos –ajenos al *grillete económico del-sinremedio* - se produce semejante “disposición cultural” hacia el trabajo manual, cuando resulta evidente que en su conjunto, se trata de trabajos mal remunerados y de escasa recompensa social? En este sentido, nuestro planteo y el de Willis convergen hacia el valor de la noción de violencia simbólica, pese a que en nuestro caso, interesa ver cómo los jóvenes intentan superar esas barreras simbólicas que los jóvenes obreros ingleses resuelven de manera distinta.

La intención de Willis está lejos de ser reduccionista desde lo cultural; no cabe aquí, algún aforismo del tipo “lo que pasa es que a los jóvenes no les gusta trabajar”. No se trata de reducir el problema del empleo a la cultura -o a gustos naturalmente adscriptos a un grupo social como pueden ser los jóvenes- sino de operar con ella, como “sello de sentido común” de los procesos en que se reparte el trabajo en las sociedades concretas.

Parafraseando a Bourdieu, los obreros víctimas de ese juego suave de dominación que el autor llama “violencia simbólica”, dirán más probablemente que nunca “me gustaron los números” o en último caso, que el “trabajo intelectual no es para mí...” o “siempre tuve gran habilidad manual”. Más bien, su enfoque parece de algún modo, controlar el influjo de este “sin-remedio económico-social” analizando una ciudad inglesa como Hammertown² donde –al menos en la década de los setenta- se podía vivir decorosamente con un empleo industrial.

Esto es central, y lógicamente, suena un tanto ruidosa la idea de que existe algo que podría eventualmente denominarse “opción cultural”. No obstante, esto que *grosso modo* se denomina “cultura de fábrica” es una argamasa opaca de construcciones colectivas e individuales de significado que “se resuelven en una realidad” limitada las interpenetraciones entre estructura y actores (Willis, 1983: 168)

La forma “cómo los chicos de clase obrera consiguen trabajos de clase obrera”, tiene una explicación compleja: la cultura contraescolar representa la cristalización de una concepción subjetiva del trabajo y la decisión objetiva de aplicarla al trabajo manual. (Willis, 1983: 13).

Desde la escuela, aquellos que son conformistas ante los profesores son etiquetados como “tontos” por estos “listos” que luego trabajarán, muchos como sus padres, en las fábricas locales.³

Aunque a primera vista deja entrever, un fatal juego de “autosujeción de los jóvenes obreros”, descarta la idea ingenua de una autocondena o una cultura de la subordinación. Más bien, ocupar puestos de obrero en trabajos fabriles, no se experimenta como castigo de alguna falencia intelectual, o como síntoma de desigualdad o injusticia sino como un “aprendizaje”, “afirmación” de cualidades deseables, e incluso de “resistencia” hacia el poder establecido, primero en la figura del profesor y más tarde en la del patrón. He aquí una convergencia entre el planteo de este autor con la noción de violencia simbólica de Bourdieu.

Existe una base objetiva para estos sentimientos subjetivos – o cultura - fruto de la penetración parcial de las condiciones que determinan realmente la existencia de la clase obrera. Asimismo, en la dialéctica del yo y el mundo concreto, dice el autor, la *actividad laboral* juega como “candado del sentido común”.

empleo era buena en esa época, incluso en periodos de baja productividad la tasas de desempleo está 1% por debajo de la media nacional. (Willis, 1983: 18-19)

Este enfoque y su exhaustivo diseño cualitativo resultan indispensables para comprender las restricciones del mercado, sin descuidar la parte que le toca a la cultura. La construcción de un modelo desde la economía política, debe completarse con una lúcida percepción de los componentes reales-culturales que la hacen posible: cómo, por ejemplo, el ejército de reserva asume su condición de fragilidad social, obturada en el mundo de vida (Willis, 1983: 197).

Dadas estas herramientas conceptuales, la tarea más importante es la de contribuir a la formación de una nueva agenda de investigación.

Las hipótesis

Para investigar estos temas no tiene mayor sentido plantear un sistema de hipótesis *duro*, a ser verificado o refutado por los datos extraídos en la investigación. Esto no quiere decir, sin embargo, que nos zambullamos en el desentrañamiento de la información desde el empirismo ingenuo. Todo lo que podamos recabar estará provisto de una guía, una mirada a través de la cual seguir uno u otro rumbo en la investigación. Quizá convenga manejar un set de hipótesis subyacentes o puntos de partida teóricos para potenciales investigaciones futuras:

- 1) “Existen mecanismos de selección de personal no explícitos, ocultos en el discurso de los empleadores”
- 2) “Estos mecanismos ocultos trascienden lo relativo a los méritos y las capacidades necesarias requeridas para el puesto”
- 3) “Estos mecanismos ocultos evidencian formas de violencia simbólica en el mercado de trabajo de los jóvenes.”

recompensas del trabajo mental” (Willis, 1983: 171). Se produce una mistificación y ocultamiento, de diferencias condicionadas socialmente por relaciones asimétricas de capital social Sin pretensiones exhaustivas, ni de *explicar* toda la lógica de los mecanismos por los cuales se emplea a un joven, estas ideas, de forma flexible aunque no maleable al cien por cien, pueden hacer las veces de armazón hipotético.

¿Cabe alguna duda acerca de la violencia que se ejerce cuando a ese *extranjero*

antropológico que es el joven en el mundo adulto del trabajo se lo exilia de la cultura juvenil? ¿Y acaso no operan mecanismos de violencia simbólica en relación a la distinción de género?

Convendría no perder de vista esos aspectos, aún cuando el enfoque se centre en un punto más abarcador. En cualquier caso, lo importante es notar que la distinción que vehiculiza esa violencia simbólica al excluir / incluir a un joven del mercado laboral, es generalmente percibida como el funcionamiento *racional* de una esfera social. Se mistifica la racionalidad empresarial despojándola de todo elemento que la haga verse como violencia simbólica, asumiendo que dicha lógica es la deseable naturalmente para todos. Se la ubica fuera de la relación social concreta donde se entabla esa dominación; ya desde que se asume a los sujetos como un factor de la producción y no como sujeto y destinatario de la misma: las secciones de *recursos humanos* absorben y legitiman la pasividad del trabajador. A su vez, funcionan como grandes usinas generadoras de discursos que ocultan en su seno tecnologías de la exclusión. Detrás del uso descontextualizado de términos como competitividad, eficiencia, productividad, se oculta su carácter ideológico.

Una vez más, vemos como la violencia simbólica se expresa en el lenguaje. Por ejemplo, se configuran lo que llamaremos *fetiches verbales*. ¿*Buena presencia*? El aspecto físico es en sí un capital social promovido a menudo por la asociación de estructuras mentales y culturales combinadas mediante las cuales unos rasgos físicos son más deseables que otros.

¿*Disposición para trabajar*? Condiciones laborales e ingresos asociados al fenómeno estructural de flexibilización del mercado laboral. ¿*Se necesita joven*

dinámico / pujante / emprendedor?. Imposición de ritmos de trabajo e indefinición de las tareas a realizar, lo que aumenta el margen de discrecionalidad del empleador y marca una diferencia sustancial con el paradigma del empleo seguro.

¿Grandes posibilidades de progreso? Abnegación para el logro de los fines de la empresa, a cambio de la promesa una movilidad social ascendente. De esta forma, se redondea la visión de que “... *la violencia simbólica puede lograr mucho más que la violencia políticopolicíaca, bajo ciertas condiciones y a cierto costo (una de las grandes flaquezas de la tradición marxista es la de no haber admitido aquellas violencias moderadas que han demostrado su eficacia, incluso en el campo económico.)*” (Bourdieu, 1995: 119).

SUGERENCIA DE OBJETIVOS GENERALES Y ESPECÍFICOS

Los objetivos generales para una investigación en estos temas pueden ser los siguientes.

I) Usos del capital social. Aprender el uso del capital social que hace el joven buscador de empleo (redes familiares, juveniles, etc.). ¿Cuál permite eludir la violencia y ser un joven ganador? ¿De qué manera los jóvenes internalizan esa violencia simbólica y siguen el juego de los empleadores para ingresar al mercado de trabajo? ¿Cómo ellos mismos son parte involuntaria de ese juego de dominación?

II) Estructuras de violencia simbólica. Detectar los dispositivos de violencia simbólica que operan en el mercado laboral juvenil

III) Tecnologías de la exclusión. Identificar lo discursivo / fáctico en los criterios de clasificación de personal como capas superpuestas que operan como tecnologías de exclusión e inclusión.

Los objetivos específicos:

a) Herramientas de optimización. Enumerar los pasos concretos que el joven sigue a la hora de sacar el jugo a los elementos con los que cuenta en el gran acervo de su capital social.

¿Se basa en las fuentes de prestigio (¿familiares “respetables” que le sirvan de referencia, antiguos empleadores? ¿Tiene ases en la manga, como conocimientos informales o una apariencia “arrolladora”?

b) Restricciones sutiles. Describir los criterios extra - meritocráticos más usados por los empleadores a la hora de marcar la frontera que la violencia simbólica traza entre quienes pueden conseguir un empleo y quienes no.

c) Fetiches verbales. Conocer las expresiones que representan en el terreno discursivo a aquellas constricciones que la estratificación social no puede dejar de colocar ante una circunstancia relativamente contingente, como el otorgamiento de una fuente de trabajo.

Buena presencia, así como las otras expresiones que nutren las tecnologías de la expresión.

RESULTADOS ESPERADOS DE FUTURAS INVESTIGACIONES

a) Identificar los usos del capital social

A partir de un capital social dado, los jóvenes emplean diversas estrategias con el fin de maximizar los beneficios que este capital pueda darle. De aumentar, por así decir, la rentabilidad personal cuya tasa es fijada socialmente. Sería interesante comprobar las formas en que estos propios jóvenes, al percibir la relación existente entre capital social y posibilidades dentro del mercado laboral, más allá de méritos, actúan de modo de ligar ambos factores de forma ganadora.

En ese sentido y a modo de ejemplo, se observa de forma paradigmática la tradicional conformación del ítem *referencias personales* de los Currículum Vitae: se busca la mayor cantidad posible de graduados universitarios, en el entendido de que este es un indicador importante que denotaría pertenencia a redes ganadoras. Hay una acumulación de saber experto por parte de los jóvenes desempleados en la redacción de “el Currículum Vitae ideal” que sin dudas implica la asunción de que los mecanismos no meritocráticos tienen una importancia mayor que la que el discurso hegemónico se anima a concederle. Observamos en Montevideo (y ocurre en muchas otras ciudades latinoamericanas, por cierto) que la estigmatización de ciertos barrios marginales lleva a sus habitantes a mentir lisa y llanamente en cuanto a la propia dirección de su domicilio, a la hora de comunicárselo a un potencial empleador. Cómo negar que es éste otro ejemplo potente de las tecnologías empleadas por los más desaventajados para sortear barreras ante un mercado laboral que cierra sus puertas con vehemencia selectiva.

b) Ver los componentes no meritocráticos de la obtención del empleo y así percibir con más nitidez los límites y potencialidades de los programas de capacitación de jóvenes a la hora de conseguir empleo. En la medida en que la capacitación laboral, en el sentido de adquisición de competencias específicas para el desempeño de una tarea determinada, no es la exclusiva “llave” a la inclusión social que el mercado laboral facilita, habrá que buscar una mayor integralidad en las políticas sociales. ¿En qué sentido? ¿Es acaso posible *capacitar para la reciudadanización*? Si hablamos del capital como una relación,

¿cabrá la posibilidad de modificar los equilibrios sociales hacia una *redistribución* del capital social?

Cuando autores como Weller nos dice que es “a nivel micro que se necesita mucho más trabajo para profundizar los cambios y emparejar la cancha a fin de que los países y sus ciudadanos puedan encarar la globalización” (Weller, 2000: 141), se podría abrir una puerta de esperanza basada en un enfoque que además incorpore, en ese *nivel micro*, la mirada sugerida por Putnam. El corazón de la idea es que la generación de una fuerte comunidad cívica es un elemento clave. Por tal cosa entenderemos el incremento de la asociatividad, en tanto y en cuanto ésta se base en relaciones horizontales de cooperación y solidaridad. Mal podríamos contribuir a “emparejar la cancha” si vemos la sociedad como un conglomerado de individuos atomizados cuyo beneficio particular no va en desmedro del de los demás. La dimensión política, quizás de economía política, nos ayudará a entender que los agregados humanos no pueden permanecer ajenos al conflicto y que la mera dotación de ciertas capacidades o activos a un individuo o una familia en situación de debilidad relativa es un frágil paliativo. Nuevas formas de sociabilidad, la democratización de los recursos, la antedicha *redistribución...* son elementos que desde una perspectiva más abarcadora podrían alimentar programas sociales portadores de verdadero potencial de cambio.

c) Apreciar qué peso verdadero tiene el nivel educativo formal del joven

en la visión de los empleadores. Además del crecimiento de los años de educación formal (primaria, secundaria, terciaria) requeridos para acceder a los escasos puestos de trabajo disponibles, un nuevo caudal de conocimientos

instrumentales aparecen como claves en la visión de los jóvenes desempleados. Verdaderas *llaves del futuro*: inglés, computación... conocimientos prestigiosos, “modernos”, que habilitarían al joven para conseguir el anhelado puesto de trabajo. Esto no implica que la tarea a desempeñar sea necesariamente facilitada por estos saberes; más bien funciona como una contraseña o marca que permite una entrada a partir de su poder simbólico.

Aunque se hipotetice que “*en América Latina más educación no garantiza mayores probabilidades de obtener empleo*” (Weller, 2000:136), las academias proveedoras de cursos *ganadores de empleo*, cuya explosión se ha dado al calor de las nuevas condiciones del mercado laboral, son eficaces propagandistas de “futuro”, “éxito” y “realización personal”.

¿Cuál es su verdadero peso? Una pregunta que se deberá responder en investigaciones futuras.

d) Cartografiar la situación ante la cual actuar a través de políticas públicas.

Esto no sólo implica la modificación del diseño de dichas políticas, acaso la incorporación de ámbitos donde no se solía “actuar” pero que merecen la atención; sino también la reconfiguración del mapa de actores que entran en escena en todo el proceso. Diseño, implementación, evaluación... para que los propios actores sociales (sean organizaciones ya establecidas o *proto actores* apenas constituidos, como las redes informales de amistad juvenil) sean protagonistas del proceso y puedan apropiárselo, deberán contar con algún grado de participación real en todas o algunas de las etapas del ciclo de las políticas públicas.

Si se los considera solamente como *beneficiarios* de una asistencia que llega desde arriba, desde fuera, no sólo se está actuando de forma muy discutible en lo político: se está comprometiendo la propia eficacia de la política en cuestión.

A fin de cuentas, no estamos sino volviendo a un tema esbozado más arriba. Para lograr una reciudadanización de las crecientes masas de jóvenes desocupados debemos atender los múltiples factores que alimentan su exclusión. Y el combate a esos factores, a través de políticas públicas, no sólo no debería inhibir sino que deberá promover la formación de organizaciones horizontales, solidarias, de cooperación, que hagan la diferencia en términos de la sociedad en su conjunto. Se trata de volver más densa la trama de cooperación que efectivamente aumenta el capital social de estos jóvenes. No serán apoyados en el viejo paradigma de políticas sociales que lograremos esto, sino con importantes dosis de creatividad e impulsos descentralizadores.

e) Ubicar cómo opera la violencia simbólica al nivel de género en los criterios de los empleadores. No se ha comprobado, en estos últimos años, lo insinuado en la década de los noventa. La importancia de la estratificación por género en el mercado de trabajo no ha declinado drásticamente. Aún *“subsisten grandes diferencias de remuneraciones entre los hombres y las mujeres con un mismo nivel educativo”* (Carlson, 2002:135). De nuevo, se observa que allende las calificaciones educativas, la estratificación social se moldea por factores como el género; los últimos tiempos, tan críticos en lo económico, no contribuyeron a mejorar tales inequidades, sino que socavaron acumulaciones anteriores que implicaban cierto avance, tales como los cambios culturales que generación a generación venían trayendo consigo una mayor igualdad de género. Hoy,

entonces “*el incremento reciente de las diferencias entre trabajadores jóvenes sugiere que este cambio generacional no se está transmitiendo a los recién llegados al mercado del trabajo sobre todo en un contexto de decaimiento económico y mayor globalización*” (Carlson, 2002:136)

¿Cuáles son las consecuencias de esta inequidad en cuanto al tema que nos ocupa? En la búsqueda de un empleo, ¿el capital social del que deberán disponer las mujeres será distinto al de los varones? Una investigación futura podría desentrañar estos elementos. Es posible que haya una mayor influencia de la apariencia física, de un “capital estético” en el caso de las mujeres. En la expansión del sector servicios se incluye un elenco de nuevos trabajos donde se pone en juego especialmente este capital: mozas, cajeras, promotoras. Sabemos que la estilización de los rasgos, los modelos, la ropa o los gestos más mínimos están marcados por la trayectoria social, por la posesión y puesta en práctica de unas ciertas determinaciones culturales y no otras.

De este modo, el estudio del capital social se podrá inmiscuir en las diferencias más sutiles, lo que tiene su importancia, ya que hasta allí se extiende la influencia social de los patrones de exclusión e inclusión.

BIBLIOGRAFÍA

Aro, P. (2002): “*Empleo y formación de jóvenes*”, Montevideo, boletín CINTERFOR nº 151.

Bourdieu, P. (1997): “*Capital cultural, escuela y espacio social*”, México DF, Siglo XXI Editores.

Bourdieu, P. y Passeron, J.C. (1995a): “*La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*”, México DF, Ed. Fontamara.

Bourdieu, P. y Wacquant, L.J.D. (1995b): *“Respuestas por una antropología reflexiva”*, México, Ed. Grijalbo.

Carlson, B.(2002): *“Educación y mercado del trabajo en América Latina”*, Santiago de Chile, Revista de la CEPAL, No.77

Lechner, N. (1999): *“Desafíos para un desarrollo humano: individualización y Capital Social”*, Paris, Foro Desarrollo y Cultura, Asamblea General del BID.

Naranjo, A. (2002): *“Capacitación y formación profesional para jóvenes en Uruguay. Los programas Opción Joven y Pro-joven a través de sus experiencias de evaluación”*, Montevideo, PNUD - OIT.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1999): *“Desarrollo Humano en Uruguay, 1999”*, Montevideo, PNUD

Putnam, R. (1996): *“Comunidade e democracia”*, Rio de Janeiro, Ed Fundação Getulio Vargas

Weller, J. (2000): *“Tendencias del empleo en los años noventa en América Latina y el Caribe”*, Santiago de Chile, Revista de la CEPAL, No.72

Willis, P. (1983): *“Aprendiendo a trabajar”*, Madrid, Akal Universitaria

NOTAS

1 La cuestión es mucho más dinámica. Las condiciones estructurales del mercado, explican el índice de desempleo, actividad

etc. pero nada nos dicen acerca de su traducción en *habitus* y *violencia simbólica*; estos conceptos se desarrollan en el

mundo real-social “sucio” en el que pretendemos bucear. La potencialidad para construir puentes entre niveles micro y macro

sociales, es una característica a menudo destacada por los autores que utilizan la noción de capital social.

2 Es una ciudad industrial casi pura: hay escasez de clase media se refleja en que sólo el 2% de los adultos tiene dedicación

exclusiva a la educación (la mitad de la tasa nacional). La estructura del empleo es industrial: hay unas 36.000 personas de las

que un 79% trabaja en alguna fábrica en comparación con el 35% nacional y el 55% de la conurbación. Las perspectivas del

3 De alguna forma se afirma la "cultura de fábrica" entorno a dos conjuntos de divisiones de valores que se transfieren entre generaciones:

mental/manual y masculino/femenino. Esta valoración, lleva intrínseca una noción de cómo debe dividirse el trabajo que se mistifican a

través de la ideología dominante en tanto: "se considera que los trabajadores mentales tienen derecho legítimo a condiciones materiales y

culturales superiores... por lo tanto, justifica unos salarios mayores" (Willis, 1983: 171). La realidad de que no todos aspiren a ser

escribanos u abogados, necesita de una explicación tan urgente, como la de por qué no todos puedan alcanzarla si así lo eligen. Como dice

Willis, el hecho de que el capitalismo necesite de una división manual-mental, no satisface la necesidad de que no todos "aspien a las